

## Baldosas descontroladas

ANICETO VALVERDE CONESA

**E**N uno de los rincones del entramado ya casi clásico que es el Gran Hotel hay un reducto de su pasada modernidad. Las cintas de colores se han subido al pelo, a veces también de color nada natural, de algunas de ellas. A otros se les han puesto de punta con la misma impresión de alegría delirante. Los gabanes y gabardinas forman parte del contrapunto de la nueva estética moderna/clásica, restaurada/innovada. La música parece el recuerdo de una revolución industrial que aquí y ahora ni se sabe dónde está ni si ocurrió alguna vez. Desde luego que si ocurrió, tengo entendido que fue hace algún tiempo y parece un poco tarde para cantarla —de no ser que el auge de las computadoras tenga algo que ver con el asunto—. Es el eterno dilema de los fugaces tiempos modernos: ¿son las ciencias que van muy deprisa o somos el resto que vamos marcha atrás, o adelante, según se mire? Yo, a veces interpreto esta música como el reflejo de lo que cada día nos va convirtiendo más en máquinas. Claro que es un reflejo con mucha más marcha y estética. Sobre todo estética. Un poco de salsa barroca, por lo sofisticado, para alegrar el aburrimiento de las formas clásicas, por su excesiva fidelidad lineal a la realidad. Personalmente me gusta cubierta con ese gabán bohemio restaurado más que con la plasticidad de quienes asumen íntegramente su fusión con la máquina.

Resulta curioso ver que las melenas del modernismo que dijera Valle-Inclán se han convertido ahora en melenas parciales, sobre todo en los flequillos.

Donde también abunda la modernidad es en la calle Bodegones. Que me permitan los puristas del nuevo estilo, si es que los hay, llamarle a aquella mezcolanza de gentes modernidad. Para mí lo nuevo sale en muchas ocasiones de lo mezclado.

El caso es que la baldosa indiferente hizo ¡chaff! y le mojó los pantalones nuevos de agua sucia. Se sintió enrojecer como si todas las miradas de la calle se posaran sobre ella. Comprobó los daños que había sufrido su estética girando con disimulo la cabeza. Maldijo instintivamente al alcalde y viendo que aquello le suponía ya un tema de conversación, hizo un gesto de desdén a quienes la miraban y se fue en busca de algún príncipe azul inexistente o disimulado entre la densa música de la calle Bodegones.

Fue una lástima vería tan sólo aquellos instantes. A cambio de su historia del príncipe azul yo le hubiera contado la mía con la falsa marquesa de la Alta Ribera.

Y es que me parece que a través de la estética también se puede profundizar. Que hay cosas más importantes también se sabe. Como por ejemplo que las baldosas anden descontroladas o que las cabezas anden del mismo modo.